

UN EJEMPLAR DE HOMBRE

T. VILLA HAEUSLER

Quizás con la muerte de T. Villa Haeusler, desaparece de Bogotá el último médico de familia. Porque más que científico de fina casta, más que clínico sutil y seguro, eso era Villa Haeusler: un médico de familia.

Reunía este varón modesto, suave, buenazo y desprendidamente generoso todos los atributos, íntegras las virtudes que ha menester el profesional, no sólo para apoderarse con instantánea simpatía de la confianza de quienes sufren en el cuerpo, si que también para llegar, fácil, certeramente al corazón de los que padecen en el alma. Por ello, sus enfermos —que fueron innumerables— lo querían como amigo dilecto, lo acataban como médico, lo buscaban como consejero.

Pocos seres batallaron tantísimo, a brazo partido con la vida como lo hiciera día a día, noche a noche (y hasta minutos antes de expirar) el doctor T. Villa Haeusler. A este respecto, él sí que pudiera hacer suyo el lema goethiano: "yo un luchador he sido y eso quiero decir que he sido un hombre".

Amaba a la medicina con la misma intensidad como amaba a sus pacientes. Sacrificó con desinterés hasta los días de fiesta en aras del ejercicio profesional. Los escasos, los contadísimos momentos que le dejara su clientela, los consagraba por entero a su hogar en donde fue arquetipo de esposo, de padre y de comprensivo guía. Enamorado de todo lo bello y noble, como exquisito emotivo que era, admiró, cultivó, con delección cordial, la música y la pintura.

Sentía cariño y piedad infinita por los animales porque estaba seguro de que estos seres abrigan, en su mayoría, afecto más sincero, lealtad más estable

y comprensión más honda a las del ingrato bipedo racional.

T. Villa Haeusler, fue, en todo sentido, un ejemplar de hombre. En su corazón, magnanimo y munífico, anidó, espléndida e inagotablemente, el iluminado surtidor de las virtudes teológicas. Sin visos de hipérbole, puede afirmarse que este espiritual gentilhombre, era un santo laico, algo así como un San Francisco de Asís de la bondad.

Por mucho —por muchísimo tiempo— quedará grabada en la retina de la ciudadanía bogotana, la inconfundible silueta de T. Villa Haeusler; sus ojillos chispeantes de simpatía y malicia; su andar menudo y nervioso, imperturbablemente enrumbado hacia las mansiones de sus enfermos; aprovechando aquellas trayectorias para leer— a la manera peripatética— unas veces grave, otras sonriente, las páginas de EL TIEMPO y de "El Espectador"; sus encuentros siempre gratos con el amigo o transeúnte callejero, al que confortaba con el suave tónico de su palabra, de sus anécdotas o de sus chascarrillos gratos a la sensibilidad espléndida de su inmaculada conformación moral.

El olvido que —fortunosamente— es sedante admirable de la vida en esta vez, va a angustiarnos el recuerdo, con la inmanencia de T. Villa Haeusler. No importa, sin embargo, que nos duela el alma, con la realidad de su partida eterna. Porque si la evocación de este santo laico, de este médico de familia tardará largos años en evaporarse de las entretelas de la memoria, habrá algo, no obstante, que suavice, la inconformidad de que él ya no esté con nosotros; la gratitud que todos le debemos. Y la gratitud no muere nunca.

EDMUNDO RICO